

con los hijos de la nueva Jerusalem, que es la santa Iglesia, multiplicando el número y engrandeciendo el alegría de ver que la viña del Señor producía nuevas plantas, extendiendo sus sarmientos, hasta penetrar el mar; sino que tras los hombres los jumentos, esto es, los negrillos más fieros y montaraces vinieron dando de manos á ponerse en las de sus ángeles veloces, mandados ir á esta gente abatida y destrozada.

Con la cosecha que veía tan copiosa el P. Almerique, porque á porfía se le venían los pueblos enteros, dejando á otros el cuidado de los ya ganados, se empleaba en ganar y traer otros de nuevo.

No se pasaba día de fiesta ni domingo que no predicase, y muchas veces decía dos Misas, y hacía dos sermones en dos diversos pueblos. Y porque esta gente con todas sus cosas acudía al Padre, lo ordinario, acabada la Misa, le acaecía siempre estarse respondiendo y consolando sus indios, con una paciencia incansable, sin desayunarse hasta muy tarde, dos y tres horas después de mediodía. Ibasele el alma tras uno de estos pobres; y tanto con más afición, cuanto más vil era el indio.

Al paso que este siervo de Dios aprovechaba á los indios, se aprovechaba á sí mismo, edificándose de ellos y confundiendo á sí con tanta humildad, como significa en una cláusula de una carta que escribió á su Superior, donde dice estas palabras: «He dado gracias á nuestro Señor, que les da en esto á sentir el bien de su salvacion, y por haber hallado aquí lo que yo pudiera desear para mi contento, por el aparejo grande que hay de servir á nuestro Señor de parte de esta gente y su buena disposicion, y emplearse en su provecho; y así hartas veces me he confundido, y me parece en toda verdad, me hacen ventaja en hacer lo que Dios pide de ellos; y por otra parte he recibido tal contento, cual yo nunca me acuerdo haber tenido después que estoy en la Compañía, ni en ninguna parte me he hallado tan consolado como aquí; porque es gran cosa estar entre mucha gente buena y poca mala, que raramente se halla en el mundo.»

De estas palabras se coligen dos cosas bien dignas de alabanza en este siervo de Dios. La primera, su gran celo y diligencia en cultivar aquellos bárbaros; pues les volvía tan mansos y rendidos al yugo de Cristo, que en la observancia cristiana podían ser ejemplo y envidia á los religiosos: la segunda, la grande humildad de este apostólico varon; pues estando tan adornado de virtudes heróicas, se confundía del ejemplo que podía dar gente tan bárbara.

Andaba entre ella muy interior; y en tan continuo trato con los indios y ocupacion se le comunicaba Dios nuestro Señor muy familiar y afectuosamente, trayéndole siempre presente con muy frecuente y fervorosa oracion.

Esta alcanzó en grado tan levantado, que los que muy en particular le tra-

taron afirmaban, que *erat divina patiens*, usando del modo de decir del glorioso S. Dionisio; y así se admiraban todos de ver juntas una oracion tan alta y tan sublime con accion tan continua y ocupada.

En esta correspondencia fué su muerte pacífica y descansada, alegre y llena de consuelo del cielo en el colegio de Manila, donde le trujeron á curar, recibidos los santísimos Sacramentos con mucha devocion, domingo primero de adviento, al mismo tiempo que todas las iglesias tocaban las Ave-Marías, á 2 de diciembre de 1601, día del glorioso tránsito de S. Francisco Javier, cuyo verdadero imitador fué siempre.

Fué su muerte bien sentida y llorada, y con lágrimas y solemnidad celebradas sus exequias, y colocado su cuerpo en la capilla mayor de nuestra iglesia de Manila, delante de las gradas del altar mayor.

Cogióle la muerte muy bien, ocupado en trabajos apostólicos.

No tuvo otra enfermedad más que los mismos trabajos, que le fueron por espacio de casi veinte años gastando y adelgazando de modo que la primera calentura, sin resistencia, lo acabó en cinco días.

Estaba actualmente formando unos pueblos de indios y otros de negros, que en Manila llaman itas, que los había traído de unas sierras ásperas, y persuadídoles á poblar en un bello y apacible sitio fértil y agradable, como dos ó tres leguas de Antípola, poniendo á este nuevo pueblo nombre de Santiago.

De este siervo de Dios hará otro más larga historia; yo solamente he puesto aquí lo que dice la *Historia de las Filipinas*, en el cap. 77 y en el 20.

P. NIEREMBERG.

## P. FRANCISCO DE OTAZO

FUÉ el P. Francisco de Otazo, natural de la villa de Alcocer, originario de la de Priego, diócesis de Cuenca, de la noble prosapia de los Otazos, que se hallaron con el rey D. Alonso en las Navas de Tolosa, y tomaron á fuerza de armas las cadenas del palenque donde estaba el Miramamolín, principio de aquella nobilísima vitoria, á cuya causa el linaje de los Otazos puso en su escudo de armas la cadena ondeada en campo de oro.

Criaron sus padres á Francisco con la cristiana edificacion que ellos profesaban, y crecía con la edad en la virtud, á que fácilmente le inclinaba su buen

natural; y, para que tuviese esto mejor efecto, le enviaron á estudiar la gramática á la ciudad de Huete, debajo de la enseñanza de la Compañía, donde se adelantó en virtud y letras, y, sobre todo, en la devocion de la Virgen, á quien servía y amaba de corazon, y cuyo hijo profesó ser en todo en su Congregacion; afecto ternísimo que le duró entrañable toda la vida, y por cuyo medio recibió grandes mercedes de Dios.

Acabados sus estudios de gramática, fué enviado de sus padres á la Universidad de Alcalá, á estudiar ciencias mayores, y allí procedió con no menor ejemplo de virtud, recogimiento y aplicacion á sus estudios.

Andaba en este tiempo con grandes zozobras de su salvacion, y, para sosiego de su alma, entró en unos ejercicios en el colegio de la Compañía, para mirar despacio en qué estado de vida podría asegurarla.

Hizo sus ejercicios, y en ellos pidió instantemente á nuestro Señor, y sobre todo á su Madre la Santísima Virgen, le diese luz de su santísima voluntad; y, con particular impulso de Dios, se halló animado á entrar en la Compañía, en la cual le daba Dios interiormente ciertas prendas que habia de salvarse con otros muchos: y así el año de 1588, entró en la Compañía, dejando el mundo y muchas esperanzas en él; porque su hacienda era mucha, su nobleza conocida, y el caudal grande y el ingenio despierto; pero todo esto y cuanto el mundo tiene lo dejó con gran alegría por asegurar su salvacion.

Entró, pues, en la Compañía el virtuoso mancebo, y fué enviado á su probacion al Villarejo, donde se entregó muy de veras á los ejercicios de devocion y al de las virtudes religiosas, siendo ejemplo y espejo de sus connovicios.

Despues fué al Seminario de Huete, donde prosiguió con el mismo fervor, y le quedó tan aficionado, que áun estando en las Indias, hizo donacion de su mayorazgo y legitima, que fué muy buena, en su favor, y en el ínterin que hizo profesion tambien gozó aquel colegio de un vínculo suyo.

De aquí fué enviado al de Alcalá, donde procedió con notable aprovechamiento y edificacion, volviéndole á embestir los temores de si se habia de salvar ó no: y, como el puerto de sus fatigas era la Virgen, todos sus cuidados puso en su seno y brazos.

Estando este devoto Hermano más agravado de las tristezas, y como oprimido de sus imaginaciones, se le apareció la Reina del cielo, con un resplandor de gloria, acompañada de otros Santos, á quien él se habia encomendado, y con los ojos alegres le miró. Traia la Virgen Santísima un libro grande de rara hermosura y resplandor; hablóle amorosamente, y le dijo: *Este es el libro de los predestinados, mira y lee*. Alargó cuanto pudo y leyó en el principio de una columna su nombre escrito con letras de oro, y despues se seguia un catálogo largo de nombres.

Fué el consuelo de su alma á la medida de su tribulacion, y, viéndole la Virgen tan consolado y tan suspenso, añadió: *Hijo, lee todos los que se siguen, que tambien están predestinados, y han de salvarse por tu medio*. Leyó el H. Francisco con atencion los que estaban en aquella lista escritos, y quedó su alma llena de un dulce consuelo, y los ojos de tiernas lágrimas.

Desde aquel punto nunca más tuvo recelo de su salvacion, ántes con una tan cierta confianza en la divina Bondad esperaba salvarse, que decia: «Si tuviera yo una cédula firmada de Dios, en que se obligara á darme el cielo, la rompiera al punto, seguro en su infinita piedad y en la palabra de su santísima Madre.»

Por ser este favor tan singular y de tanta edificacion, el Superior del colegio de Huete se lo preguntó á este siervo de Dios á la hora de su muerte, y le hizo instancia á que dijese la verdad, y él con mucha humildad y obediencia le dijo, que era así la promesa que tuvo de la Virgen nuestra Señora, y que habia experimentado la una parte de ella, que es haberse salvado muchos por su medio, y que esperaba el cumplimiento de la otra parte de la divina Bondad, en cuanto á su propia salvacion.

Así se refiere esta revelacion en la historia del colegio de Huete, y otra semejante se refiere en la vida del P. Juan de Montalvo, al cual profetizó el P. Otazo las ocupaciones de su vida, y juntamente que era predestinado, y así estaba escrito en el libro de la vida.

De esta revelacion tuvieron muchos noticia, y fueron observando cómo se iba cumpliendo en los empleos del P. Montalvo, que vino á leer teología, ser Superior y Provincial de esta provincia de Toledo, como el P. Otazo se lo habia profetizado cuando era H. Estudiante.

Con el favor tan extraordinario de la Virgen quedó este siervo de Dios lleno de dulzura interior y esperanzas del bien eterno; sintióse juntamente con nuevas ansias de pasar á las indias y convertir almas á Dios.

Andaba la mision de las Filipinas entónces muy valida, porque habia poco que se habia conquistado y descubierto. Porque, aunque las descubrió al principio el famoso Fernando de Magallanes el año de 1521; pero no fueron conquistadas hasta el año de 1564, en que las comenzó á pacificar el adelantado Miguel Lopez de Legaspi con tres naves de armada, en que iban solos quinientos españoles.

Éstos, despachados de Nueva-España por el virrey D. Luis de Velasco, Marqués de Salinas, en tiempo del rey D. Felipe II, pusieron en ellas las armas de España; y del nombre del rey Filipo, las llamaron Filipinas: son inmensas en número.

La primera que entónces se conquistó por España, fué la de Cebú, y luego

otras pequeñas, hasta que el año de 1570 se conquistó y allanó la grande isla de los Luzones, en la cual está la insigne ciudad de Manila, cabeza de aquellas islas.

Tiene Luzon de largo más de doscientas leguas, y de ámbito y circunferencia quinientas.

A la fama de este número grande de islas se convocó la Europa á su conversion, y, como á mision tan gloriosa, se azoraban los fervorosos en el espíritu.

Uno de ellos fué el P. Francisco de Otazo, que con muchas ánsias lo deseó, y con iguales fervores lo pidió, y con felicez suceso lo consigió, llamado de sus esperanzas y llevado de la Virgen Santísima.

Los muchos que allí convirtió á la fe este apostólico varon, y las cosas raras que allí le sucedieron, fueron muchas. Lo que sabemos es que le tomó nuestro Señor por único instrumento para traer á la luz del santo Evangelio la grande y populosa isla de Mindanao y otras muchas de aquel Archipiélago.

Sucedieronle en aquella empresa cosas bien notables y milagrosas, que aún no sabemos. Porque como el santo varon confesaba muchas veces, se escapó de las manos de los gentiles por evidente milagro, como fué, que yendo caminando por aquellos desiertos con otros religiosos de la Compañía, le salieron al encuentro unos idólatras bárbaros y enemigos de nuestra santa fe, que disparando sus flechas contra ellos, hirieron de muerte á un H. Coadjutor temporal, su compañero. Viéndole muerto, arremetieron á él como fieras, y se lo comenzaron á comer, cayendo aquí y allí con sus borracheras.

El P. Otazo, viendo esto, se puso de rodillas, suplicando á nuestro Señor aquello de David: *Ne tradas bestiis animas confitentes tibi, et animas pauperum tuorum ne obliviscaris in finem*; y al punto se le apareció la Virgen Santísima, amparo seguro de sus congojas, y le dijo: *Francisco, no temas, que yo seré en tu ayuda, prosigue tu camino*; así lo hizo el Padre con sus compañeros, y, sin hacerle daño los bárbaros, escapó libre de este peligro y de otros innumerables, como él dijo.

Las virtudes de este insigne varon fueron muchas y raras: dos cosas refirieron sus confesores. La una es, que murió con la virginal pureza de cuerpo y alma: la otra, que nunca cometió culpa mortal, conservando siempre la gracia bautismal, aumentada cada dia más y más con el perfecto ejercicio de las virtudes; porque era muy devoto y dado al trato de Dios en la oracion; muy humilde cediendo en la honra á los demas, eligiendo siempre para sí el lugar postrero; muy penitente y mortificado, no sólo en lo interior de sus pasiones, sino en lo exterior, con rigurosas penitencias.

El celo de la salud de las almas, le llevó á aquellas innumerables islas; él le conservó predicando en ellas veinte y seis años apostólicamente entre tanto desamparo y peligros.

Era muy afable con los indios; amábalos de veras, y enseñábalos con paciencia, y sufríalos con caridad; ganábales las voluntades con su agrado, mostrándose á todos muy padre, deseando que todos sirviesen al Señor.

Era en extremo muy pobre de afecto y de efecto, confiando en Dios, sin otro interés, acudia á todas aquellas almas; y cualquiera cosa que los indios le diesen para su sustento le parecia regalo sobrado, y entónces estaba más contento, cuando la falta de todo era mayor.

Su paciencia y constancia en los trabajos fué admirable; en tantos peligros jamas le faltó el ánimo, y nunca la esperanza. Cuando se veia cercado de más trabajos, estaba más alegre; porque se parecia más á Cristo, y padecia más por el bien de las almas.

Tres amores fueron singulares en este santo varon: el amor de Jesus y de su divino Sacramento; era grande la devocion y ternura que mostraba con este soberano misterio, y en él se regalaba, y en medio de sus trabajos y peligros era su único puerto, y decia, que con este Pan de vida los duelos eran ménos.

El segundo amor era de la Virgen Santísima, y ella era el áncora firme de su esperanza: á ella acudia en sus peligros como á madre. Desde que le amanejó el uso de la razon, nació en su corazon esta devocion de la Virgen nuestra Señora, con ella creció y le acompañó hasta la muerte.

El amor tercero fué á la Compañía; fué singular la estima que tuvo á su instituto y el amor á sus ministerios; procuró sus aumentos por todos modos, sin perdonar jamas á trabajos ni á navegaciones, ni peligros; esto deseaba siendo Superior y siendo súbdito.

En las Filipinas, despues de haberse ocupado este venerable Padre en el bien de las almas y en la conversion de aquellos gentiles, por ser conocida su prudencia y aventajado su caudal para el gobierno, le ocuparon los Superiores en él, y dió tanta satisfaccion en los oficios menores, que le encargaron el cuidado de la provincia: gobernóla siendo Provincial con mucho fruto.

Despues vino á España, por obediencia, por Procurador de su provincia de Filipinas, con ánsias de llevar muchos obreros á aquel nuevo mundo.

Despachó en todas partes muy bien su embajada, y concluyó los negocios todos de su provincia, y, estando en Madrid disponiendo su vuelta, le dió una grave enfermedad, que vino á parar en una ética ó tísica trabajosa.

Aconsejaronle los médicos que se fuese á los aires naturales para divertir la enfermedad, y así se fué á Alcocer, donde estuvo poco tiempo, porque

apretándole la enfermedad, este insigne varon, por morir entre los suyos, salió de entre sus parientes; y dejando en muerte como en vida su patria y deudos, se fué á morir al colegio de Huete, que está muy cerca, donde estuvo algunos días en la cama, dando ejemplos de paciencia, humildad y conformidad con la voluntad divina y demas virtudes; y, finalmente, recibidos todos los Sacramentos, tuvo una muerte como su vida, y una y otra como de varon perfecto.

Murió á los 16 de agosto de 1622 años. La vida de este fervoroso Padre está escrita en la *Historia de Huete*.

P. NIEREMBERG.

## AGUSTIN SANCRI,

### DONADO DE LA COMPAÑÍA DE JESUS

**H**A santificado el Señor todos los estados y grados de personas que hay en la Compañía de Jesus, con varones de insigne virtud y excelentes en santidad, que en ella han florecido y consagrado á Dios su vida.

Ni este privilegio ha faltado al estado de los Donados, como veremos ahora en la heróica virtud y santidad de Agustin Sancri, el cual era japon. Nació en el reino de Figuen, en un pueblo que se llama Safai, y desde mozo se dedicó á la Compañía, para ser Donado de ella todos los dias de su vida.

Su asistencia, la mayor parte de ella, fué en la residencia de Arima, en compañía del P. Melchor de Morera, de buena memoria, aunque tambien acompañó algun tiempo al P. Francisco Calderon, que fué desterrado del Japon por la fe.

La ocupacion principal de Agustin en el Japon fué de sacristan, en que se ejerció cuarenta años, con tanta solicitud, que puede ser ejemplo de los que hacen este oficio tan digno de aseo y limpieza.

Esmerábase en doblar y guardar los sagrados ornamentos de manera, que parece que en su poder no se envejecian segun estaban de lustrosos, á cabo de muchos años. Tambien se esmeraba en hacer las hostias, sin querer que pasasen por otra mano, sino por la suya, y hacíalas con grande devocion y reverencia; y, para tener el altar con tiempo preparado, se levantaba una hora ántes de la comunidad.

Fuera de este oficio principal suyo, que le dió sobrenombre, aunque antepuesto, como usan los japones, que le llamaban Sancri Agustin, que es decir Agustin sacristan; acudia á la residencia de los pueblos anejos á catequizar los gentiles que se habian de bautizar, y á enseñar la doctrina á los ya bautizados, con las demas obligaciones que les corrian de cristianos, en que pasó muy grandes trabajos, caminando de dia y de noche, con frio y calor, soles, lluvias y recios temporales, al tiempo que gozó de paz la cristiandad del Japon, hasta el año de mil y seiscientos y catorce.

En la persecucion del Jongun, llamado Daifusama, vino con los demas Padres y Hermanos á la provincia de Filipinas, desterrado por la fe, donde tambien tuvo oficio de sacristan, y despues fué portero de la puerta reglar en el colegio de Manila, hasta que ya no pudo más usarle por la ocasion que luego diré.

El demas tiempo de su vida, que fueron doce años, estuvo ciego en una como chozuela, junto á la casa de unas beatas, que tambien vinieron desterradas por la fe aquel mismo año, que está cerca de esta casa del pueblo de S. Miguel: aquí se ocupaba en sólo rezar y darse á nuestro Señor, dándole la Compañía lo necesario para sustentar la vida.

Fué continua su oracion, y sólo la interrumpia con el sueño muy moderado que tomaba, y la comida, que de ordinario era unas yerbas ó un pescadillo y arroz cocido con sola agua.

Su sufrimiento y paciencia fué tan grande como se puede colegir de la ocasion con que cegó y la paz con que la llevó, y fué ésta. Una noche de Navidad, teniendo él las llaves de la puerta reglar del colegio de Manila, unos muchachos, con el regocijo de aquella noche, tocaban apriesa la campanilla, estándose fuera jugando con unos palos que tenian en las manos; y abriendo el siervo de Dios la puerta, entraron de tropel, y con un palo le dieron en un ojo y le dejaron mal lastimado y ciego, porque del otro no veia.

Con este dolor se retiró Agustin á su aposentillo que tenia cerca de la puerta, sin quejarse de lo que le habia sucedido, ni airarse con el que habia sido la causa de aquel daño, ántes con mucha paciencia se estuvo allí retirado, hasta que echada de ver la falta que hacia en la portería, entraron á verle, y se excusó diciendo que estaba indispuerto, sin querer decir más, hasta que otros dijeron lo que habia sucedido, y cómo con el palo le habian herido y cegado el ojo.

El que en esta ocasion guardó tanta paz, no es mucho que en otra menor la guardase de tal suerte, que nunca le vió nadie airado, ni con rostro demudado, que es mucho para la viveza y cólera de esta nacion.

Quiso nuestro Señor darle á merecer con la paciencia lo que ántes habia